

VALIENTES

77. DE MACARIO ROMERO

Higinio Vázquez Santa Ana. *Canciones, cantares y corridos*. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 15, pp. 440-1.

Salió Macario Romero del Pueblo de La Piedad,
no quiso estar con sus padres, por andar en libertad.

Decía Macario Romero: —*Ora* nos vamos, Jesús;
la Virgen nos favorezca, mi Señora de la Luz.

Le decía su general en la puerta del cuartel:
—Macario, te han de matar por esa ingrata mujer.

Decía Macario Romero, parándose en los estribos:
—Señor, si no me hacen nada, si todos son mis amigos.



Decía Ma - ca - rio Ro - me - ro al Ca - pi - tán Vi - lla - pla - ta:



- Con - cé - da - me una li - cencia pa - rair a ver a mi chata.

Decía Macario Romero al general Abraham Plata ¹
—Concédame una licencia para ir a ver a mi chata.

Le respondió el general: —Sin mi licencia, no vas;
pero si tú quieres ir, en tu salud lo hallarás.

Decía don Ignacio Llamas: —Jesús, ¿qué plan le pondremos?
Le pondremos un buen baile, la pistola le escondemos.

Decía don Vicente Llamas: —Al cabo no trae despacho.
Dijo don Jesús Aceves: —Ora lo mato borracho.

Ese don Jesús Aceves se mostró muy asesino;
cómo no lo iba a matar . . . si estaba ahogado de vino.

Lloraba su pobre madre, cuando le llegó el aviso;
que ese don Jesús Aceves le había fusilado a su hijo.

Decía doña Jesusita: —Papá, yo mucho lo quiero,
ora sí quedaron bien, ya mataron a Romero.

A veintinueve de junio, día de San Pedro, por cierto,
a las dos de la mañana don Macario ha sido muerto.

Le dieron los seis balazos, se los dieron de a montón;
puso el parte don Vicente: “Que había matado un ladrón.”

Decía Macario Romero: —Ya me van a sepultar;
Ahi queda Pepe mi hermano, es el que me ha de vengar.

Ya con ésta me despido, *devisando* para el cerro;
aquí se acaban cantando los versitos de Romero.

¹ Fue comandante Militar de Morelia, Mich.

NOTA: Macario Romero perteneció a la rebelión cristera de la época de Lerdo; después fue jefe del destacamento de Maravatío, Mich.; fue fusilado en el cementerio de Pénjamo, Gto., hacia 1878. Jesús Aceves era el rival de Romero porque enamoraba a doña Jesusita Llamas, hija de don Vicente del propio apellido. (Datos proporcionados por el profesor Jesús Romero Flores, sobrino segundo del héroe.)

78. DE VALENTÍN MANCERA

Procede de Guanajuato, Gto. Rubén M. Campos, *El folklore literario de México*. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 81, pp. 500-2.



Es.cúchame, prend'a.mada, — hermo.sa flor de jaz.mín —



es.cucha los tristes versos — del va.lien.te Va.len.tín —

¡Escúchame, prenda amada, hermosa flor de jazmín,
escucha los tristes versos del valiente Valentín!

Día lunes, trece de marzo, ¡qué desgracia sucedió!
Se balearon con la Escolta, Cipriano Méndez murió.

Era Cipriano el segundo de la gente de Mancera,
que odiaba a los *gachupines* en Acámbaro y por fuera.

Su madre, triste, decía: —¡Válgame Dios, Valentín!
¿Hasta cuándo te reduces? ¿Cuál será tu último fin?

Valentín le contestó: —No llore, madre adorada,
vale más morir peleando que correr de la Acordada.

“Écheme su bendición que ya me voy pa' Galvanes,
tengo que esperar los mozos de don Eusebio González.”

Cuando salió de San Juan, al dirigirse a Celaya,
echó menos a Cipriano que siempre lo acompañaba.

Luego se fue pa' Celaya para ver a su querida,
despidiendo a sus amigos y los dejó en *la partida*.

Pero un amigo le dijo: —No quieras a esa mujer.
Le contestó Valentín: —Pues es todo mi querer.

Llegó y le tocó la puerta con muchísimo contento,
y dijo la muy ingrata: —Pasa, Valentín, adentro.

Por fin entró Valentín, muy alegre el corazón,
y dijo la muy ingrata: —Pues cántame una canción.

Le contestó Valentín, sin hallar ni qué pensar:
—Pues bájate la vihuela para poderla cantar.

*No duermás tanto, Sanjuana, y escucha a tu trovador;
yo al cielo pido licencia de ser dueño de tu amor.*

*Desde la noche que hablamos tengo presente tu voz,
si no me quieres te quiero, dame un abrazo y adiós.*

*Sólo Dios podrá saber los pensamientos de la gente;
pero si te doy mi amor no serás inconsecuente?*

La Sanjuana le decía: —Yo nunca te he de olvidar,
presta tus armas primero y vente a desayunar.

Virginia dijo a Sanjuana: —¿Qué dices, ya lo entregamos?
Trescientos pesos nos dan, con ellos nos remediamos.

—Espera un poco, Virginia, Sanjuana le respondió,
y al verlo ya desarmado... a Catalán le avisó.

Entre las tres y las cuatro, cuando llegó la noticia,
que había llegado Mancera, demostraron gran malicia.

Les contestó Catalán, después de mucho pensar:
—Le darán varios licores, para poderlo matar.

Una copa desgraciada le dieron a tomar de opio,
para perder los sentidos y volverlo como loco.

Luego llegó Catalán a la casa de Sanjuana
y mandó darle balazos, cual perro, de una ventana.

Su pobre madre lloraba, lloraba sin compasión,
y pedía no lo mataran, y menos sin confesión.

Los esbirros no la oyeron y al matar a Valentín
a la Plaza le llevaron a noticiar aquel fin.

Los *gachupines* gritaban con muchísima alegría:
—Ya se murió Valentín—, que era a quien ellos temían.

Toda la gente decía: —Esto ya tuvo su fin;
en la casa de Sanjuana mataron a Valentín.

Llegó su querido padre, le lloraba con cuidado,
y le dijo a su mujer: —Ventiún balazos le han dado.

Lo abrazaba Nicolasa con muchísimo dolor:
—Mataron a mi marido, dueño de mi corazón.

Toda la gente lloraba sin hallar ni qué pensar,
ya lo llevan a la plancha de ese mentado Hospital.

Toditos los *gachupines*, contentos a cual mejor,
fueron a tomar licores a la cantina “El vapor”.

El lunes murió Cipriano, porque así sería su fin,
el viernes murió Dionisio y el domingo, Valentín.

El diecinueve de marzo del año de ochenta y dos
murió Valentín Mancera y como él no hallamos dos.



En San Juan nació Mancera y en San Juan de Dios quedó
y se nombraba Sanjuana la infame que lo entregó.

Al jefe acudió su padre y el cadáver le pidió,
y como fue hombre valiente, éste se lo concedió.

Pero dijo Catalán sin hallar ni qué pensar:
—El lunes por la mañana se le debe retratar.

Le sacaron su retrato el lunes por la mañana,
y ese retrato lo piden por los Estados de España.

Ya con ésta me despido con tristeza y en jardín,
aquí se acaban los versos del valiente Valentín.

78 bis. VALENTÍN MANCERA

Procede de Abrego y Trujillo, Zac., 1895. Comunicó Graciela Amador en México, 1942. V. T. M. *Cincuenta corridos*, México, 1944, núm. 4, p. 14.

Yo soy Va-len-tín Man-ce-ra, bo-rre-ga nix-ta-ma-le-ra
que a los pri-me-ros ba-la-zos me tre-po por la la-de-ra

Yo soy Valentín Mancera, borrega nixtamalera,
que a los primeros balazos me trepo por la ladera.

Y díganle al Presidente ¹ que soy hombre y no gallina,
que lo traigo retratado detrás de mi carabina.

Y díganle al Presidente que soy hombre y no *qualquera*,
que lo traigo retratado detrás de mi cartuchera.

79. DE DEMETRIO JAUREGUI

Procede del Bajío. Lo cantaba Eulalio Gutiérrez "El cieguito". Higinio Vázquez Santa Ana, *Canciones, cantares y corridos*. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 70, pp. 489-90.

Año de mil ochocientos noventa y uno al presente,
murió don Demetrio Jáuregui que era un gallo muy valiente,

Rancho de "El Carrizalillo", cerca de Zapotlanejo,
luego que vieron a Jáuregui se les arrugó el pellejo.

¹ General Porfirio Díaz, Presidente de la República.



Se apeó y apretó su silla alboreando la mañana,
porque se vino rodeando de todas las Acordadas.

Y se le echaron encima todas las caballerías,
con carabinas de "El doce" le daban los buenos días.

Quando se *vido* rodeado, que remedio no tenía,
alzó los ojos al cielo: —¡Viva la Virgen María!

"¡Madre mía de Guadalupe, Señora mía de San Juan,
ten piedad de nuestras almas, pues en tus manos están!"

Decía don Demetrio Jáuregui, abrochándose un zapato:
—Aquí traigo hartos casquillos pa' divertimos un rato.

Mataron al primo hermano, eso sí fue compasión,
lo metieron a Jalisco que parecía procesión.

Dijo don Tomás Limones: —Yo no soy durazno prisco,
luego que *divisó* a Jáuregui se volvió para Jalisco.

Estaba el fuego graneado por todos los cuatro vientos,
y les decía don Demetrio: —Éntrenle como yo le entro.

El general le decía: —Hombre, yo tengo un deseo,
don Demetrio, no *peleés*, yo te buscaré un empleo.

Le contestó don Demetrio: —Yo no me vine a rajar,
yo vine como los hombres, aquí a perder o ganar.

Gritaban los capitanes y también los coroneles:
—Otro hombre como Demetrio ya no tienen las mujeres.

Decía don Tomás Limones al jefe de la Acordada:
—Que venga pronto el refuerzo, que Jáuregui nos acaba.

Dicen que Jáuregui es muerto, no lo tengan a la duda;
no les vaya a resultar por debajo de la tumba.

Dicen que Jáuregui es muerto, en eso no hay que dudar;
no les vaya resultando en medio del carrizal.

De las naranjas, el zumo; de las limas, los azahares;
aquí se acaban cantando versos de Demetrio Jáuregui.

Ya con ésta me despido por una flor de *alelía*,
del corazón de Demetrio no nacen todos los días.

80. DE BENITO CANALES

Higinio Vázquez Santa Ana, *Canciones, cantares
y corridos*. V. T. M., *Romance y corrido*, núm.
18, pp. 443-6.



A-ño de mil no-ve-cien-tos en el tre-ce que pa-só—
mu-rió Be-ni—to Ca-na-les, el Go-bier-no lo ma-tó—

Año de mil novecientos en el trece que pasó,
murió Benito Canales, el Gobierno lo mató.

Andaba tienda por tienda buscando tinta y papel,
para escribirle una carta a su querida Isabel.

Dijo Benito Canales, saliendo de Villachuato:
—Mejor veré a mi querida que se quedó en Zurumuato.

Contestó Jesús Ibarra: —Vete con mucho cuidado,
mañana a la diez nos vemos en l'Ojo de Agua mentado.

Al llegar a Zurumuato su querida le avisó:
—Benito, te andan buscando, eso es lo que supe yo.

Regresó para su casa con mucha resolución,
preparó muy bien sus armas y esperó a la Comisión.

Cuando el Gobierno llegó todos venían preguntando:
—¿Dónde se encuentra Canales, que lo venimos buscando?

Una mujer tapatía fue la que les dio razón,
—*Orita* acaba de entrar, váyanse sin dilación.

Cuando la tropa se oyó pronto rodearon la casa,
esa ingrata tapatía fue causa de su desgracia.

Después marcaron el “Alto” gritando los federales:
—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Muera Benito Canales!

Les respondió don Benito: —Ahora, diablos del infierno:
¡Viva Benito Canales! ¡Muera el Supremo Gobierno!

Salió Benito Canales en su caballo retinto,
con sus armas en las manos peleando con treinta y cinco.

Principió a tirar balazos a todos los federales,
matando hombres y caballos y haciendo barbaridades.

Decía Benito Canales: —¡Entren, *pelones* malvados!,
que yo no les tengo miedo, aunque vengan bien armados.

Dijo el padre capellán: —Yo lo voy a apaciguar;
ya no *pelien* con Canales, pues lo voy a confesar.

Al pobrecito del padre le contestó el coronel:
—Si no le quita las armas, hoy muere junto con él.

Se fue andando de rodillas a encontrar a don Benito:
—Hijo de mi corazón, apacíguate tantito.

Dijo Benito Canales: —Padrecito de mi vida,
¿cómo es posible que venga a encontrarme de rodillas?

Le contestó el capellán: —Yo te vengo a confesar,
quiero que dejes las armas, pues al fin te han de matar.

“También deberías hacer un acto de contrición,
a ver si por ese medio de Dios alcanzas perdón.”

Se bajó de su caballo todo muy arrepentido;
nomás se puso a pensar en tanto muerto y herido.

Pa’ poderlo confesar primero lo desarmó,
le quitó las carrilleras y luego lo confesó.

Decía Benito Canales, ya después de confesado:
—Quiero pelear otro rato, ahora que estoy descansado.

Pero el padre capellán no le dejó más decir:
—Hijo, si tomas las armas, yo también debo morir.

Le respondió don Benito: —Por mí no se ha de perder,
por rescatarle su vida ya no haré yo mi deber.

Luego Benito Canales dijo al cercano soldado:
—Hagan de mí lo que *quieran*, ahora que estoy desarmado.

Se atuzaba y sonreía y le decía a la Acordada:
—Soy de puro Guanajuato, pero ahora no valgo nada.

Los rurales lo apresaron llevándolo a Zurumato,
y al despedirse del padre envió a Isabel su retrato.

Luego formaron el cuadro y no quiso ser vendado;
a la derecha del padre quedó al fin bien fusilado.

Decía Benito Canales cuando se estaba muriendo:
—Mataron un gallo fino respetado del Gobierno.

Cuando sus fuerzas llegaron al Ojo de Agua mentado,
ya a don Benito Canales lo encontraron sepultado.

Decían que cargaba el diablo en una caja de bronce,
y el mero diablo que *traiba* era su fusil de “El once”.

Aquí termina el corrido de don Benito Canales,
una mujer tapatía lo entregó a los federales.

Ya con ésta me despido al pie de bellos rosales,
aquí se acaban los versos de don Benito Canales.

81. DÉ DON LUCAS GUTIÉRREZ

Procede de Guadalajara, Jal., 1890. Comunicó
la señora Esiquia García. V. T. M., *Cincuenta*
corridos, núm. 6, pp. 18-9.

El dieciséis de septiembre, como a las tres de la tarde,
murió don Lucas Gutiérrez,¹ ese no era hombre cobarde.

¹ Lo mato un hombre de nombre Ricardo.



El die.ci.séis de sep.tiembre,___ como a las tres de la tar.de___



murió don Lucas Gu.tié.rrez___ é.se no era hombre co.bar.de

Estribillo



-¿Qué dice don Lucas?-Él no di.ce na.da.-¿Pero cómo sa.les ahí stá l'Acordada?



la ca.sa si.tia.da sin po.der sa.lir___ pues no cabe duda que ahí va a mo.rir.

Decía don Lucas Gutiérrez, cuando iba a Guadalajara,
pero que cómo pasaba el Rancho de Santa Clara... ²

Estribillo: ¿Qué dice don Lucas? —Él no dice nada;
—¿Pero cómo sale si ahí stá l'Acordada?
La casa sitiada y sin poder salir.
—Pues no cabe duda que ahí va a morir.

Ya en casa de don Gabino, que era la que él frecuentaba,
luego que llegó a la casa mandaron por la Acordada.

Decía don Martín Contreras, cuando iba a pasar el río:
—Siento que me van subiendo olitas de calosfrío.

Estribillo: ¿Qué dice don Lucas?... .

Decía don Lucas Gutiérrez: —Señoras de la cocina
quiero que me hagan favor de traerme mi carabina.

Decía don Lucas Gutiérrez tapándose su jorongo:
—Si he sabido que se ensucian, ni los calzones les pongo.

Estribillo: ¿Qué dice don Lucas?... .

Don Lucas estaba en lo alto y abajo estaba la bola
y él a nada se atenía, más que a su pura pistola.

² En Chimaliquín, rumbo de Nochistlán, Zacatecas.

Decía don Félix Ornelas, con una pata arrastrando:
—Métanle balas de acero, que ya le vamos ganando.

Estrillo: ¿Qué dice don Lucas? . . .

Dice don Lucas Gutiérrez: —Ora los voy a tantear,
voy a poner el sombrero, a ver si saben tirar.

Este teniente Contreras era hombre y no tenía miedo,
le pegó cinco balazos en la copa del sombrero.

Estrillo: ¿Qué dice don Lucas? . . .

Le dio un balazo en la boca y le dio otro en la cara,
para que tenga recuerdos del gallo de Santa Clara.

Decía don Martín Contreras: —Váyanse a traer las velas,
porque este Gabino López ya le ha tirado las muelas.

Estrillo: ¿Qué dice don Lucas? . . .

Hasta la misma mujer se estaba volviendo loca,
de ver que andaba Gutiérrez con un balazo en la boca.

Decía don Antonio de Hilas: —¡Válgame Dios! ¿Pues qué
para poderlo agarrar sin duda lo quemaremos. (hacemos?)

Estrillo: ¿Qué dice don Lucas? . . .

Decía don Félix Ornelas: —Traigan chile y hagan fuego,
que en cuanto el humo lo ahogue ha de salir luego luego.

¡Padre Señor San Joaquín, Madre Señora Santa Ana,
no permitáis que le maten al salir por la ventana!

Estrillo: ¿Qué dice don Lucas? —Él no dice nada.
—¿Pero cómo sale si ahí está l'Acordada?
La casa sitiada y sin poder salir.
—Pues no cabe duda que ahí va a morir.

82. DE CARLOS CORONADO (A)

Publicado por Jorge Piñó Sandoval en "Revista
de Revistas", 1939.

Voy a recordar, señores, a uno de esos hombreritos
valientes a toda prueba que hacía temer a toditos.

No fue ladrón ni asesino y sí sólo un vengador
que persiguió a los esbirros que le tuvieron temor.

Tiraba como ninguno este Carlos Coronado,
todo el Bajío lo quería porque era un gallo jugado.

Dieciséis años tenía de edad Carlos Coronado,
cuando lo metieron preso y en la tropa lo filiaron.

Fue la causa un “velador” que le quiso maltratar
porque se metió a una milpa y Carlos lo fue a matar.

Con la tropa fue a Tampico y allí se hizo muy notable,
porque fue un gran tirador sin competidor probable.

Persiguióles con cruel zafia, sin pedir ni dar cuartel
y nunca lo derrotaron pues corrían siempre de él.

Llegaron tanto a temerle . . . todos pidieron su baja
y quedó solo “El chayote”, que era de *esbirro* una alhaja.

Cuando algún jefe de fuerza a seguirlo se lanzaba,
se paraba en una cumbre y de allí los balaceaba.

Decía Carlos Coronado: —Traigo mi arma en el seguro,
¡váyanse de aquí, *pelones*, porque ahora no sobra ni uno!

Decía Carlos Coronado, parado en un voladero:
—¡Éntrenle y vayan entrando, no le busquen ruido al cuero!

Decía Carlos Coronado: —Ya se está llegando la hora
de combatir al Gobierno en el Cerro de La Mora.

Decía Carlos Coronado: —De veras no tengo miedo,
traigo mis tres carrilleras para hacer fuego al Gobierno.

Si avanzaban con denuedo por un atajo corría,
y cortándoles el paso por el frente les salía.

Así pasó mucho tiempo siendo de todos temido,
Desde Acámbaro hasta El Valle, de Salvatierra al Egipto.

Por las “Cuevitas del Fraile del Cerro La gachupina”,
tenía Carlos Coronado su recámara y cocina.

Por la buena no podían a Coronado agarrar
y el jefe Jesús del Valle un plan le vino a formar.

A su regreso de México a donde se fue a pasear,
llegó al pueblo de Jerez a un compadre a visitar.

Pero ese compadre infame por Valle estaba comprado
y tan luego que llegó cumplió como había pactado.

Lo acompañó a su retiro en esa Cueva del Prado
y a Felipe envió a avisar que allí estaba Coronado.

Toditos los federales iban temblando de miedo,
porque Carlos Coronado estaba arriba del cerro.

Don Jesús mandó a su gente pusieran sitio a la cueva
y metiéndose muy quedo le quitaron cuanto lleva.

Al verlo ya desarmado mostraron gran valentía,
y gritando: "Muera Carlos" tiraron al que dormía.

Decía Carlos Coronado: —¡Ay, qué suerte me ha tocado!,
que si me agarran despierto ninguno hubiera quedado.

"Adiós, Puerto de Tampico, donde comencé a tirar
y en esa Cueva del Prado fue donde vine a quedar.

"Adiós, precioso Santiago ¹ y Cerro La gachupina,
adiós, todos mis amigos, adiós, adiós, Marcelina."

Don Jesús le dio el primero y el segundo otro *soplón*;
y luego todos a una (des)trozaron su corazón.

Carlos quiso defender su vida con valentía,
pero sin armas ni fuerzas pronto llegó su agonía.

Y el vil de Jesús del Valle, cuando acabó de morir,
lo arrastró de los cabellos, pero así le había de ir.

Sólo un cachete parchado le quedó como recuerdo
a ese mentado "Chayote" de Carlos después de muerto.

Lo llevaron para El Valle a sacar un buen retrato,
para que nunca se olvide de Carlos el desacato.

Ya terminó este corrido que mucho me ha emocionado,
pero es fuerza recordar a don Carlos Coronado.

¹ Valle de Santiago en Guanajuato.

83. DE CARLOS CORONADO (B)

Hoja suelta impresa, Ed. Eduardo Guerrero
(s/f).

Año de mil novecientos, ¡qué Gobierno tan atroz!,
murió Carlos Coronado en mil novecientos dos.

Vamos todos mis amigos a cortar flores al "Prado"¹
vamos haciendo un recuerdo de don Carlos Coronado.

Carlos le dice al compadre: —¡Hay, qué sueño traigo yo!
En ese mismo momento el sueño lo dominó.

A las once de la noche salió de la división
no sabiendo que en "El Prado" le iban a jugar traición.

El compadre le decía: —Duerme, yo vengo a cuidarte.
En ese mismo momento mandó a su hijo a dar parte.

Sale Felipe y le dice: —Mi jefe, ahí'stá Coronado.
el jefe le dice: —¿Dónde? —En esa Cueva del Prado.

El jefe le contestó: —Si no lo hallamos, ¿qué *ti* hago?
—Jefe, si *usté* no lo hallara, con la vida yo le pago.

El jefe mandó la escolta que se fuera a ensillar,
y en ese mismo momento mandó el parte hasta "El Jaral".

El jefe le dice a Valle: Escójase al más valiente,
vámonos los dos solitos, cada quien con su asistente.

Don Jesús Valle decía: —Déjeme ir a *trair* el mío,
nomás *me las da de arriba*, porque *yo le tengo frío*.

Estaban en el combate cuando les llegó el aviso:
—Para que a mí me fusilen *les falta lo que al carrizo*.

¡Adiós, Cuevita del Prado! Donde sucedió este caso,
el asistente del jefe le ha dado el primer balazo.

Adiós, Cerros de Tampico, donde me enseñé a *balíar*.
Adiós, Cuevita del Prado donde yo vine a quedar.

¹ Se refiere al nombre de la Cueva donde fue asesinado.

¡Adiós, Valle de Santiago y monte La gachupinal!
¡Adiós, mis queridos padres y mi amada Marcelinal!

Ya con ésta me despido si a nadie le causa enfado,
aquí termina el corrido de don Carlos Coronado.

84. DE DON FELICIANO VILLANUEVA

Procede de Chavinda, Mich. Comunicó el señor
Agustín del Río, en diciembre de 1939. V. T.
M., *Romance y corrido*, núm. 28, pp. 454.



Un do.min.go por la tar.de_ al pasar por l'a.la.me.da_



ma.ta.ron a Fe.li.cia.no el hi.jo de Vi.lla.nueva_

Un domingo por la tarde al pasar por la alameda,
mataron a Feliciano el hijo de Villanueva.

No lo mataron peleando, ni tampoco por detrás,
lo mataron por valiente: el hijo de Nicolás.

Sus hermanas le lloraban, su madre con más razón,
de ver a su hijo querido traspasado el corazón.

Fueron a traer al padre a ver si se confesaba;
no se pudo confesar porque la sangre le ahogaba.

Que se cierren las iglesias y que se abran los conventos,
el hijo de Villanueva no alcanzó los sacramentos.

Ya con ésta me despido con mi sombrero en la mano,
y aquí se acaban cantando los versos de Feliciano.

85. DE VALENTE QUINTERO

Cancionero jalisciense. V. T. M., Romance y corrido, núm. 85, pp. 506-7.

Aquí me siento a cantar con ca-ri-ño ver-da-de-ro

versos que le compu-sie-ron a don Va-len-te Qui-nte-ro

Aquí me siento a cantar con cariño verdadero,
versos que le compusieron a don Valente Quintero.

Le hablaron a don Valente, le hablaron unos señores;
se fajó su carrillera con sus cuatro cargadores.

Y le decía su querida: —Valente, ¿qué vas a hacer?,
el Mayor anda borracho y algo te ha de suceder.

Y le decía a su querida: —No te quedes con pendiente,
mira, que si él es Mayor, yo también soy Subteniente.

Ya el mayor anda borracho y en las cantinas tomando,
la música era de viento, la que le andaba tocando.

Valente llegó a ese baile y mandó tocar “El toro”,
si el Mayor paga con plata, yo se los pago con oro.

Los músicos contestaron: —No lo sabemos tocar.¹
Valente, ya andas borracho y tú has de querer pelear.

¹ El Son de “El Toro” es en la lírica mexicana un caso único de música vivaz y excitante que despierta los bajos instintos de las multitudes, como si se tratara de una droga. En cuanto se escuchan los primeros sonidos, ya sea en las ferias o en las serenatas, los hombres se atreven con las mujeres, las muchachas huyen, los maridos protegen a sus esposas y se produce una confusión indescriptible; por esta causa, está casi prohibida su ejecución y los músicos rehuyen tocarlo. Sabiendo esto el general Obregón, durante los combates de Celaya:

“a un corneta de diez años mandó tocar “Diana” y “Toro”...

con el fin de estimular el valor de sus soldados o como antiguamente se distribuía a la tropa, antes de entrar en acción, aguardiente mezclado con pólvora.

Valente les contestó: —Yo no quiero averiguar,
si no me tocan “El toro”, tóquenme “Heraclio Bernal”.

Valente andaba borracho y andaba escandalizando:
—Con esta “cuarenta y cinco” no respeto ningún grado.

El Mayor le contestó: ¡Sea por el amor de Dios!
La tuya es “cuarenta y cinco”, la mía quema “treinta y dos”.

Ya Valente anda borracho en su caballo montado,
con la pistola en la mano y a las muchachas besando.

Salió el Mayor para afuera, bastante muy irritado:
—Valente, tú no eres hombre, no eres más que ocasionado.

—Yo no soy ocasionado yo soy hombre de valor,
nos daremos de balazos, si usted gusta, mi Mayor.

Se tomaron de la mano, se apartaron de la bola,
y a los poquitos momentos, seis disparos de pistola.

Valente está agonizando, dándole cuenta al Creador,
alzó los brazos al cielo y dio un balazo al Mayor.

Salieron los policías a ver qué había sucedido;
y en punto del medio día Valente estaba tendido.

Vuela, vuela, palomita; párate en aquel romero.
estas son las “mañanitas” del Mayor y de Valente.

Vuela, vuela, palomita; párate en aquel romero.
Estas son las “mañanitas” de don Valente Quintero.

86. CORRIDO DE VALENTÍN DE LA SIERRA

Procede de Aguascalientes, Ags., 1926. Comuni-
có Lasdislao Guadalajara, de 63 años. Cantador.
Recolección en México, D. F., julio 20 de 1953.

Voy a can-tar un co-rrí-do de un a-mi-go de mi tie-rra —
lla-má-ba-se Va-len-tín, que fue fu-si-la-do y col-ga-do en la Sie-rra —.

Voy a cantar un corrido de un amigo de mi tierra
 llamábase Valentín
 que fue fusilado y colgado en la Sierra.

No me quisiera acordar, era una tarde de invierno,
 cuando por su mala suerte
 cayó Valentín en manos del Gobierno.

El general le decía: —¿Cuál es la gente que guías?
 —Son ochocientos soldados
 que trae por la Sierra Mariano Mejía.

El general le decía: —¿Cuál es la gente que mandas?
 —Son ochocientos soldados
 que tienen sitiada la Hacienda de Holanda.

El general le decía: —Yo te concedo el indulto,
 pero me vas a decir,
 ¿cuál es el Jurado y la gente que juzgo?

Valentín, como era hombre, de nada le dio razón.
 —Yo soy de los meros hombres
 que han inventado la Revolución.

Valentín con gran valor le dijo así al general:
 —De toda mi gente que traigo
 ninguno de ellos le voy a entregar.

Antes de subir al cerro Valentín quiso llorar:
 —¡Madre mía de Guadalupe,
 por tu religión me van a matar!

Se paseaba y se *sonría* antes que lo fusilaran.
 —¿Qué esperan, que no me matan?
 ¡Tírenme al corazón, no me peguen en la cara!

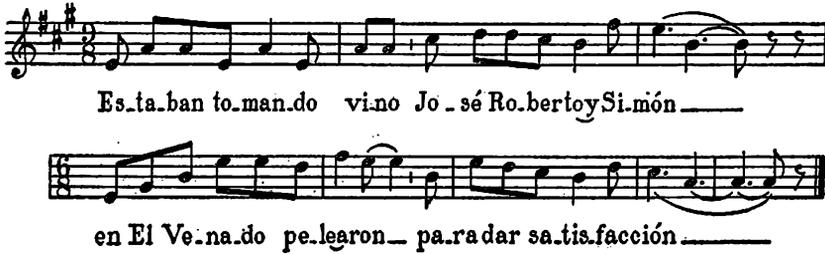
Cuando ya cayó en el suelo pronunció estas palabras:
 —¡Madre mía de Guadalupe,
 a tu amado Hijo encomiendo mi alma!

Así como se *sonría*, muerto se quedó sonriendo
 y todos se *almiraban*
 de él por su valor tan tremendo.

¡Vuela, vuela, palomita; párate en aquel fortín!
 Éstas son las mañanitas
 de un hombre valiente que fue Valentín.

87. DE JOSÉ-ROBERTO Y SIMÓN DELGADO

Procede de San Luis Potosí. Comunicó el profesor Angel Salas. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 54, pp. 474-5.



Es.ta.ban to.man.do vi.no Jo . sé Ro.ber.to y Si.món ———

en El Ve.na.do pe.learon — pa.ra dar sa.tis.facción ———

Andando tomando vino José-Roberto y Simón,
pelearon en "El Venado" para dar satisfacción.

Estríbillo: Que sí, Rosita, rosa muy fina.
Ya mataron a Simón, la causa fue Valentina.

Salió una mala mujer de esas de mal corazón.
En "El Venado" están presos José-Roberto y Simón.

Cuando llegó el comandante echándose de lado,
pregunta el señor alcalde: —¿No está aquí Simón Delgado?

Simón, como prisionero, le responde en alta voz:
—Aquí estoy a su mandato, con la voluntad de Dios.

Ahi le dice el comandante: —Simón, dime la verdad,
¿quiénes son tus compañeros?, y te doy la libertad.

Ahi le responde Simón, como quien se incomodaba:
—¿Qué verdad quiere que diga, si yo solito robaba?

Ahi le dice el comandante: —Simón, tú eres un cobarde,
no te perdono la muerte porque has matado a mi padre.

Ahi le responde Simón, haciéndole muy feo modo:
—La tardanza no me gusta, porque si no me incomodo.

Cuando salieron pa' Viesca par'antes que amaneciera,
Simón lleva mucho gusto, porque va para su tierra.

Quando salieron de allí dos canciones les cantó,
y la mujer de "El Palomo" dos pesos le regaló.

Entonces dice José: —Pues, hombre, yo no los quiero,
si ya me llevan a *horcar*, ¿pa' qué queremos dinero?

Le dice el juez de Acordada: —Simón, ¿cómo vas conforme?
Nadie de los que he llevado se me ha mostrado más hombre.

Contestó Simón Delgado: —Soy hombre y lo puede creer;
la causa de mi desgracia fue una infeliz mujer.

Ya con ésta me despido por las hojas de un limón,
aquí se acaban cantando los versitos de Simón.

Estribillo: Pues, sí señores, pues sí será:
que aquí se mueren los hombres con mucha facilidad.

88. CORRIDO DE GUADALUPE RAYOS

Procede de San Felipe Torres-Mochas, Gto.,
1902. Comunicó Ladislao Guadalajara. Cantador,
de 63 años. Recolección en México, D. F., mar-
zo 2 de 1953.



De-cía Guada-lu-pe Ra-yos:—Trai—go en pe-li—gro la vi-da:
con li-cen-cia del Go-bier-no voy— a ver a mi que-ri-da—

Decía Guadalupe Rayos: —Traigo en peligro la vida,
con licencia del Gobierno voy a ver a mi querida.

Le recibió la querida con un abrazo muy tierno:
—Guadalupe de mi vida, te anda buscando el Gobierno.

Decía Guadalupe Rayos: —Yo no vengo por ladera,
que si aquí no me paseo, hasta la gente se riera.

Le respondió la querida: —¡Válgame la Virgen Santa!
Si no te das, Guadalupe, te llevan pa' Salamanca.

Decía Guadalupe Rayos: —No será la primer vez,
pues yo siempre me he jugado con cinco, seis o con diez.

Llegaron doce rurales a querérselo llevar
y al fin no se lo llevaron, qu'el no se dejó agarrar.

Decía Guadalupe Rayos, pues, a la Fuerza Rural:
—Con licencia del Gobierno me he venido aquí a pasear.

Les presentó la licencia con una risa burlona:
—Pues si no lo quieren *crer*, meto mano a mi pistola.

Ya con ésta me despido, ya están cantando los gallos;
aquí termina el corrido de don Guadalupe Rayos.

88 Bis. GUADALUPE RAYOS

—Yo soy Guadalupe Rayos, traigo en peligro mi vida,
y a escondidas del Gobierno voy a ver a mi querida.

Su querida lo recibe con un abrazo muy tierno:
—Guadalupe de mi vida, te anda buscando el Gobierno.

Y Guadalupe le dice: —Me cuidaré con empeño,
yo no le temo a la muerte ni a las tropas del Gobierno.

Llegan y tocan la puerta, sale Guadalupe a ver:
le dieron las buenas noches y preguntaron por él.

Y Guadalupe les dice, les responde en alta voz:
—Yo soy Guadalupe Rayos, por la voluntad de Dios.

La querida va y le dice: —¡Válgame la Virgen Santa!
Si no te matan aquí te llevan pa' Salamanca.

Pablo dice a Guadalupe: —'Ora, ¿qué es lo que hacemos?
Ya todititos corrieron, usted dirá si corremos.

Y Guadalupe le dice: —No venimos a correr.
Hoy nos damos de balazos hasta morir o vencer.

Volaron las palomitas de la Sierra a la morada.
—¡No llores, madre querida, al cabo no me hacen nada!

No llores, madre querida, no llores, niña del cielo,
va a morir tu hijo querido, al cabo no es el primero.

—Caballo prieto mentado, no se te olviden tus mañas;
ahi te encargo ese hombrecito nacido de mis entrañas.

Volaron las palomitas con una voz muy sonora.
¡Ser valiente cuesta mucho, líbrense de malas horas!

89. CORRIDO DE NACHO BERNAL

Aparece consignado en el *Cancionero del Bajío*,
núms. 11 y 18. La música fue tomada a dos
chiquillos que cantaban en un camión Roma-
Mérida, el 13 de noviembre de 1952.

¡Ca-ram-ba! yo soy tu rey, mi ca-ba-llo es el se-gun-do
ah-o-ra se ha-cen a mi ley, o los a-par-to del mun-do

—¡Caramba, yo soy tu rey! Mi caballo es el segundo.
¡Ahora se hacen a mi ley o los aparto del mundo!

Yo no sé ni adonde iré, ni cuál será mi destino;
me anda buscando la Ley por toditos los caminos.

Yo soy Ignacio Bernal, que me piden vivo o muerto;
me andan queriendo asustar con el petate del muerto.

Si el día se me ha de llegar, así será mi destino,
y nunca Ignacio Bernal necesitó de padrinos.

Cuando a la plaza llegó se amotinaba la gente
gritando: ¡Viva Bernal! ¡Vivan los hombres valientes!

Alguien le corrió a avisar: —Bernal, ahí viene la tropa.
—Aquí los voy a esperar. A ver a cómo nos toca.

Cuando el Gobierno llegó, se le fueron como rayo
matando a Ignacio Bernal y también a su caballo.

Luego que Bernal cayó les gritó, como buen gallo:
—La culpa la tengo yo, no la tenía mi caballo.

Antes de morir gritó, diciéndoles a los soldados:
—Ahora sí ya se acabó el que los tenía azorados.

Sus amigos al saber que Bernal ya estaba muerto,
todos corrieron a ver creyendo que no era cierto.

De alguien se escuchó decir entre medio de la gente:
—¡Si nadie teme a morir, vengaremos esa muerte!

Nadie quiso contestar, todos quedaron callados,
tal vez no querían pelear o es que no estaban armados.

Las mujeres se decían: —¡Válgame Dios! ¿Qué ha pasado?
Cuando a Bernal lo veían sobre la tierra tirado.

Ya con ésta me despido, hablándoles muy formal;
ya les canté este corrido de la muerte de Bernal.

90. CORRIDO DE GREGORIO CORTÉS

Procede de Río Grande, Coah., 1930. Comunicó
el profesor Jorge Cervera Sánchez, de 34 años.
Recolección en México, D. F., agosto 24 de
1953.



En el Con-da-do de Kansas ¡Qué des-gra-ci'ha su-ce-di-do!
mu-rió el cheri-fe ma-yor, que-dan-do Ro-mán he-ri-do.

En el condado de Kansas, ¡qué desgracia ha sucedido!
murió el *Cherife* mayor, quedando Román herido.

Otro día por la mañana, cuando la gente llegó,
unos a los otros dicen: —¿No saben quién lo mató?

Anduvieron informando y como tres horas después
supieron que el malhechor era Gregorio Cortés.

Insortaron a Cortés por toditito el Estado (exhortaron).
¡Vivo o muerto que se aprehenda!, porque a varios ha matado.

Decía Gregorio Cortés con su arma aún encendida:
—No siento haberlo matado, la defensa es permitida.

Decía Gregorio Cortés con su pistola en la mano:
—No siento haberlo matado, lo que siento es a mi hermano.

Andaban los americanos, que por el viento volaban,
era que querían ganar tres mil pesos que les daban.

Venían los perros “jaunes”, venían tras de su huella;
pero alcanzar a Cortés era alcanzar una estrella.

Siguió con rumbo a Laredo sin ninguna timidez:
—Sígueme “*rinches*” cobardes, yo soy Gregorio Cortés.

Siguió con rumbo a Laredo, varios *cherifes* lo vieron,
no lo quisieron prender, porque le tuvieron miedo.

Allá por “El Encinal” lo alcanzaron a rodear,
poquitos, más de trescientos, allí les brincó el corral.

Allá por los matorrales y según a lo que dicen,
se agarraron a balazos y allí mató otro *cherife*.

Decían los americanos: —Y ahora, ¿cómo le haremos?
si le entramos por derecho, muy poquitos volveremos.

Decía Gregorio Cortés con su pistola en la mano:
—¡No corran “*rinches*” cobardes, ante un solo mexicano!

Gregorio le dice a Juan en el Rancho de “El Ciprés”:
—Pláticame qué hay de nuevo, yo soy Gregorio Cortés.

Gregorio le dice a Juan: —Ahora lo vas a ver,
anda, dile a los *cherifes* que me vengan a aprehender.

Luego llegan los *cherifes*, Gregorio se presentó:
—Por la buena sí me llevan, porque de otro modo, no.

Se llevaron a Cortés y terminó la cuestión.
La pobre de la familia lo lleva en el corazón.